

Primer Manifiesto del Surrealismo



PAUL ELUARD (1895-1952). Poeta francés, uno de los organizadores del movimiento surrealista junto a Andrés Breton; separándose paulatinamente del grupo a partir de la guerra civil española y su adhesión al partido comunista. Escribió poemas de amor, a Guernica y a la libertad en estricta identificación con los principios ideológicos del surrealismo, partiendo de la importancia de los sueños y el inconsciente.

Fragmento II

NO HA DE SE SER EL MIEDO A LA LOCURA EL QUE NOS OBLIGUE A PONER A MEDIA ASTA LA BANDERA DE LA IMAGINACIÓN.

Es indispensable instruir el proceso contra la actitud realista, que debe seguir al proceso contra la actitud realista, que debe seguir al proceso contra la actitud materialista; esta última, más poética que la anterior, implica indudablemente la existencia de un orgullo monstruoso en el hombre, pero de ningún modo una nueva y más completa decadencia. Conviene ver en ella, ante todo, una feliz reacción contra algunas tendencias irrisorias del espiritualismo. Después de todo, dicha posición no es incompatible con cierta elevación de pensamiento.

La actitud realista, por el contrario, inspirada en el positivismo desde Santo Tomás a Anatole France, se me revela con un aspecto hostil hacia todo vuelo intelectual y ético. Me causa repulsión porque está constituida por una mezcla de mediocridad, odio y chata suficiencia. En la actualidad es ella la que inspira esa multitud de libros ridículos, de obras insultantes. Gracias al periodismo, su poder se acrecienta de modo incesante, y así mantiene en jaque a la ciencia y al arte, preocupándose por halagar a la opinión pública en sus más bajos apetitos: una claridad que linda con la estulticia, una vida de perros. De este modo se reciente la actividad de los mejores espíritus, y sobre ellos, igual que sobre los otros, triunfa la ley del menor esfuerzo. Una graciosa consecuencia de esta situación es, en literatura por ejemplo, la abundancia de novelas. Todos concurren con su minúscula "observación". Ante la urgencia de depurar, Valéry proponía recientemente reunir en una antología, la mayor cantidad posible de comienzos de novela, de cuya insensatez esperaba excelentes resultados. Se hubiera hecho contribuir a los más famosos autores. Semejante proyecto honra a Paul Valéry, quien, tiempo antes, refiriéndose a la novela, me aseguraba que él se negaría siempre a escribir "*La marquesa salió a las cinco*", pero, ¿ha cumplido su palabra?

Si el estilo puro y simplemente informativo, del que la frase mencionada es un ejemplo, domina exclusivamente a las novelas, débese -hay que reconocerlo- a que la ambición de los autores no va muy lejos. El carácter circunstancial, inútilmente minucioso, de todas sus anotaciones, me induce a pensar si no se estarán divirtiendo a costa mía. No me perdonan ninguno de los titubeos del personaje: "¿será rubio?, ¿cómo se llamará?, ¿lo buscaremos en verano?" Problemas todos que finalmente se resuelven a la buena de Dios. No me dejan más alternativa que cerrar el libro, lo que me apresuro a hacer casi desde la primera página. ¡Y en cuanto a las descripciones! Nada puede compararse en vacuidad: son meras ilustraciones de catálogo yuxtapuestas, que el autor utiliza cada vez con mayor desenfado, aprovechando cualquier oportunidad para deslizar sus tarjetas postales y obligarme a concordar con él sobre lugares comunes, tales como:

"La piecita en la que fue introducido el joven estaba tapizada con papel amarillo; había geranios y cortinas de muselina en las ventanas; el sol poniente derramaba sobre estas cosas una luz cruda. La habitación no contenía nada de particular. Los muebles, de madera amarilla, eran muy viejos. Un diván con un gran respaldo vuelto del revés, una mesa oval frente al diván, una cómoda y un espejo adosado al entrepiso, sillas a lo largo de las paredes, dos o tres grabados sin valor que representan damiselas alemanas con pájaros en las manos; a esto se reducía el mobiliaje."

No tengo humor para admitir que tales asuntos puedan plantearse al espíritu, ni siquiera de modo pasajero. Habrá quien sostenga que esta composición escolar está en el sillo que le corresponde y que justamente en ese sillo del libro el autor tuvo sus motivos para abrumarme con ella. Con todo, ha perdido el tiempo, porque no pienso poner los pies en su habitación. La pereza, la fatiga de los otros no me entretienen. Tengo una idea demasiado inestable de la continuidad de la vida para dar a los momentos de debilidad y depresión el valor de mis mejores minutos. Pretendo que se callen cuando han dejado de experimentar sentimientos. Y enténdase claramente que yo no recrimino la falta de originalidad en sí. Afirmando solamente que no convierto en situaciones los momentos nulos de mi vida, y que puede resultar indigno de todo hombre el cristalizar tales momentos. Permítidme, pues, que pase por alto la citada descripción de un aposento, junto con tantas otras.

¡Atención! Estoy en plena psicología, asunto que no conviene tratar en broma. Nuestro autor se entusiasma con un carácter dado, y entonces lo hace peregrinar, convertido en héroe, por el mundo. Pase lo que pase, este héroe, cuyas acciones y reacciones están admirablemente calculadas, debe preocuparse por

no defraudar -aunque aparente a cada rato estar a punto de hacerlo- las previsiones de las que es objeto. Aún cuando pareciera que la corriente de la vida lo arrastra, lo hace rodar, lo hace caer, sólo dependerá en última instancia de ese tipo humano **compuesto**. Simple partida de ajedrez que no me interesa en absoluto, siendo el hombre para mí, quienquiera que sea, un mediocre adversario. Me resultan intolerables las mezquinas discusiones relativas a tal o cual jugada, ya que no se trata ni de ganar ni de perder. Si el juego no vale la candela y la razón objetiva perjudica espantosamente, como es el caso, a quien recurre a ella, ¿no valdría más prescindir de esas categorías de pensamiento? "*La diversidad es tan amplia como el conjunto de tonos de voz, de modos de andar, toser, sonarse, estornudar...*" si un racimo no tienen dos granos de uva iguales, ¿por qué queréis que os describa este grano en vez de este otro, en vez de todos los otros, que haga de él un grano de uva comestible? La irritante manía que consiste en reducir lo desconocido a conocido y clasificado adormece los cerebros. El afán de analizar triunfa sobre los sentimientos. De este modo se logran exposiciones interminables, cuya fuerza persuasiva reside en su misma singularidad, y que sólo se imponen al lector merced a un vocabulario abstracto, bastante confuso, por otra parte. Si las ideas generales que la filosofía se ha propuesto debatir hasta ahora señalaran una incursión definitiva a más dilatados dominios, sería yo el primero en alegrarme. Pero se trata, por el momento, tan sólo de escarceos retóricos; hasta ahora los rasgos de ingenio y otras buenas costumbres nos ocultan, a cual más y mejor, el auténtico pensamiento que se busca a sí mismo en lugar de dedicarse a jugar un solitario. Creo que cada acto lleva su justificación en sí mismo, al menos para quien ha sido capaz de cometerlo, y posee, además, un poder de irradiación que el menor comentario puede llegar a debilitar o hasta a anular completamente. Nada gana, pues, con ser destacado de ese modo. Así, los héroes de Stendhal se desploman por efecto de las apreciaciones de ese autor, apreciaciones más o menos felices, pero que no agregan nada a la gloria de los mismos. Donde volvemos a encontrarlos es donde Stendhal los pierde.

Todavía vivimos bajo el reinado de la lógica; justamente a esto quería llegar. Pero los procedimientos lógicos actuales se aplican únicamente a la solución de problemas de interés secundario. El racionalismo absoluto, que todavía está de moda, sólo permite tomar en cuenta los hechos que dependen directamente de nuestra experiencia. Los objetivos lógicos, por el contrario, se nos escapan, y es inútil insistir en que se le han establecido límites a la experiencia misma. Ella da vueltas en una jaula de la cual es cada vez más difícil hacerla salir. Ella se apoya también en la utilidad inmediata y está resguardada por el sentido común. Con el pretexto de civilización, con el pretexto de progreso, se ha logrado eliminar del espíritu todo lo que podría ser iludado, con razón o sin ella, de supersticioso, de quimérico, y se ha proscrito todo método de investigación de la verdad que no estuviera de acuerdo con el uso corriente. En apariencia débese a un verdadero azar que se haya sacado a la luz, recientemente, una parte del mundo mental -en mi opinión la más importante- a la que todos aparentaban quitar importancia. Hay que estar agradecido por esto a los descubrimientos de Freud. Confiada en dichos descubrimientos, se va formado una corriente de opinión, con cuya ayuda cualquier explorador de lo humano podrá hacer avanzar sus investigaciones, facilitado el camino por el hecho de no tener que depender ya exclusivamente de las realidades escuetas. Es posible que la imaginación esté a punto de reconquistar sus derechos. Si las profundidades de nuestro espíritu cobijan fuerzas sorprendentes, capaces de acrecentar las que existen en la superficie, o de luchar victoriosamente contra ellas, hay un justificado interés en captarlas; en captarlas primero para someterlas después, si convienen, al control de la razón. Los mismos analistas sólo obtendrán beneficios de esto. Pero es preciso destacar que no existe ningún procedimiento que aparezca a priori como el más adecuado para la prosecución de tal empresa, que debe considerarse, hasta nueva orden, tanto del resorte de los poetas como de los sabios, no dependiendo sus posibilidades de éxito de los caminos más o menos caprichosos que se utilicen.

(Continuará)